

JUAN JORGE GSCHWIND

De la Junta de Historia y Numismática Americana - Filial Rosario



LA OBRA LITERARIA Y SOCIAL DE LINA BECK BERNARD



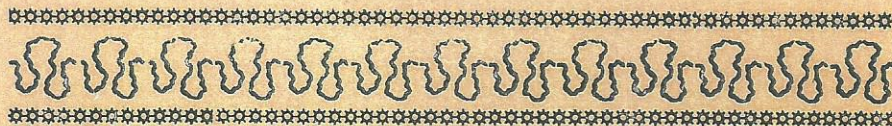
Personalidad de la escritora
Sus libros sobre temas argentinos



EDITOR
JUAN JOSÉ CASABELLA
ROSARIO - 1935



Lina Beck Bernard, en su juventud



LA OBRA LITERARIA Y SOCIAL DE LINA BECK BERNARD

PERSONALIDAD DE LA ESCRITORA — SUS LIBROS SOBRE
TEMAS ARGENTINOS

Numerosos son los extranjeros que en diversas épocas de nuestra historia, han tratado temas argentinos en libros o folletos publicados en sus respectivos países.

No podemos decir lo mismo, en lo que se refiere a las mujeres extranjeras, en este sentido.

Lina Beck Bernard, la simpática personalidad literaria que nos proponemos dar a conocer en estas páginas, es, posiblemente, un ejemplo único en este aspecto y para aquellas épocas lejanas.

Bien merece, pues, que expongamos a la consideración de los argentinos, la obra de una escritora europea que hace más de setenta años dedicó preferente atención a los asuntos de nuestro país, escribiendo algunos libros que se divulgaron especialmente en Suiza y Francia.

Haremos, en primer término, un breve análisis de la personalidad de la escritora, lo que nos permitirá valorar la importancia que ella reviste y asignar a sus producciones toda la autoridad que poseen. Será, en pocas palabras, la presentación de la autora.

En segundo lugar hemos de referirnos sintéticamente al contenido de sus libros sobre la República Argentina.

Juan Perini
1935

A Noemí Beck Bernard y Helène ~~Beck~~ *de Bavier*,
dignísimas hijas de la escritora, les dedica
este breve estudio como un respetuoso
y sincero homenaje.

El Autor

Lina Beck Bernard nació en Bitschwyler (Alsacia), el 10 de febrero de 1824. Era hija de D. Carlos Bernard y de Da. Amelia Berger, familia perteneciente a la sociedad distinguida del Alto Rhin, sociedad en la que era tenida como un gran honor la cultura intelectual.

Lina Bernard contaba apenas diez meses cuando tuvo la fatalidad de perder a su padre, que era ingeniero en una de las fábricas de la región y que murió asesinado por un obrero.

Los primeros estudios los hizo en la ciudad de Mulhouse. En la educación de la niña ejerció mucha influencia el señor Berger, abuelo materno de la misma, hombre de una vasta preparación y cultura literaria y artística.

Lina recibió en esa forma una excelente instrucción, que comprendía el estudio del latín y griego, ciencias en general y dibujo, teniendo un desarrollo intelectual rápido, precoz y completo.

En 1839, cuando apenas contaba quince años de edad, la familia la llevó a Basilea, importante ciudad suiza, donde residió poco tiempo, pues en 1840 ya estaba en Lausana, donde había de radicarse permanentemente, salvo una prolongada residencia en Italia, en los últimos años de su vida.

El 10 de febrero de 1852, contrajo matrimonio con Carlos Beck, ciudadano suizo muy ilustrado, empresario de colonización que actuó proficuamente en la República Argentina durante ocho años y fué más tarde Agente de Inmigración y Cónsul Argentino en Suiza, publicando algunos libros sobre nuestro país en alemán y francés. De este hombre activo y emprendedor nos hemos ocupado en nuestra conferencia de incorporación a la Junta de Historia y Numismática Americana, Filial Rosario, titulada «Carlos Beck Bernard, su contribución al progreso de la colonización agrícola argentina», leída en el acto público de 9 de octubre de 1932.

Lina Beck Bernard residió con su esposo en la República Argentina desde principios de 1857 hasta fines de 1862, en que resolvió regresar a Europa en busca de un clima más propicio para su salud y la de sus hijas.

En 1864 publicó su libro «Le Río Paraná. Cinq années de séjour dans la République Argentine» y en 1872 otro trabajo literario titulado «Fleurs des Pampas. Scènes et souvenirs du désert argentin», libros que analizaremos más adelante.

Aparte de ello, la obra literaria de esta escritora cuenta con un trabajo que se titula «Theophile Conrad — Pfeffel, de Colmar, Souvenirs biographiques». Se trata de un folleto de 60 páginas, editado en 1866 en Lausana por los señores Delafontaine y Rouge, impreso en la misma ciudad por la casa Genton, Voruz et Dutoit.

En ese breve estudio biográfico, Lina Beck Bernard hace conocer importantes detalles de la vida de Pfeffel, de quien era biznieta. Pfeffel fué un patriota y poeta alsaciano que había quedado ciego a los 23 años y que escribía sus producciones literarias en alemán y francés.

Pero es en el dominio del regimen penitenciario que la señora Beck Bernard hizo obra fecunda y perseverante. Sentíase atraída por el estudio de las graves y difíciles cuestiones penales y se preocupó en socorrer generosamente con su amplio espíritu caritativo, a los menesterosos e infortunados. Periódicamente, durante muchos años, visitó las prisiones de Basilea, hasta que en 1853 presentó a la Comisión de Cárceles del Cantón, un memorial que quedó inédito, memorial que indujo a la citada Comisión a mejorar notablemente la suerte de los reclusos.

La misma acción benéfica desplegaba en Lausana, donde se consagró durante varios años, — de 1862 a 1873, — a los presidiarios, dedicándoles el tiempo que le era posible, demostrando sus nobles sentimientos de mujer benefactora y escribiendo numerosos artículos periodísticos relacionados con el regimen penitenciario.

En 1868, con motivo de una ejecución habida en el Cantón de Vaud, escribió un folleto conteniendo una elocuente protesta contra la pena de muerte, deseando que esa ejecución fuera la última que ensombreciera el sol de Suiza. Este folleto produjo viva impresión por los argumentos que en él se exponían e influyó

para que más adelante quedara abolida la pena de muerte en el mencionado Cantón.

A pedido del «Comité de la Sociedad Suiza para la Reforma Penitenciaria», escribió en 1869 su «Mémoire sur les prisons des femmes» (Memoria sobre las prisiones de mujeres), muy completa y rica en observaciones nuevas, fruto de su experiencia en la materia.

En la mencionada Memoria, la autora propiciaba el patronato de los presos liberados; la fundación de refugios para las mujeres liberadas, que no saben a menudo sino reincidir y que la sociedad y la familia repudian; la creación de cárceles de distrito y preventivas, más aseadas y sanas; la separación de hombres y mujeres en todas las cárceles; la prisión celular para las cortas detenciones; la introducción del sistema irlandés en el régimen carcelario; el estudio del problema relativo a la alimentación de los presos, que debe ser diferente según el sexo, la edad y las ocupaciones de los presidiarios; el trabajo al aire libre para algunos de ellos; la implantación de lecciones en las cárceles; un personal de vigilancia más a la altura de su misión; la supresión de los ventanillos en las puertas de las celdas; etc.

La Memoria reclamaba, además, que la sociedad se preocupase, de su parte, lo que no hacía hasta entonces, de la educación de los niños abandonados.

En 1872 dirigió a la Sociedad Suiza para la reforma Penitenciaria, otro estudio relacionado con el régimen carcelario para las mujeres. En ese mismo año, Mr. Vaucher - Crémieux, de Ginebra, autor de un libro titulado «Système préventif des délits et des crimes» (Sistema preventivo de los delitos y de los crímenes), pidió a Lina Beck Bernard que agregara en un capítulo de su libro, algunas consideraciones referentes al sistema preventivo de los delitos de las mujeres, cosa que hizo, formulando en esta parte de la obra, atinadas e interesantes observaciones.

Las actividades de la señora Beck Bernard, abarcaban también, en parte, el periodismo. En efecto, en 1873 y 1874, publicó

en «L' Esperance», órgano de la Asociación de Mujeres que aparecía en Lausana, una serie de artículos vinculados a estos problemas sociales. Además en un diario político que se editaba en la misma ciudad, publicó otros artículos analizando el proyecto de ley sobre establecimientos carcelarios del Cantón de Vaud, dando pruebas de un profundo conocimiento de la materia, escritos que indudablemente tuvieron su influencia, ya que el proyecto fué adoptado definitivamente algún tiempo después.

Otro informe presentó la señora Beck Bernard a la ya citada Sociedad Suiza, en 1874, relacionado con la libertad condicional, informe en el que se recomendaba nuevamente la adopción del sistema anglo-irlandés.

Todos estos trabajos atrajeron la atención de personas que se ocupaban en aquella época de estudios sobre derecho penal.

Su «Mémoire sur les prisons des femmes», en particular, adquirió rápidamente una gran notoriedad y a la autora le fueron solicitadas por diversas personas, las autorizaciones necesarias para traducirla y publicarla en los idiomas inglés, ruso, sueco, español e italiano.

No poseemos datos respecto de si se hicieron ediciones en todos esos idiomas; pero sí sabemos que se publicó la Memoria en italiano, traducida por el senador Pierantoni, en Roma, con una introducción muy simpática, para la Revista de Ciencias Sociales de Florencia, introducción debida a la pluma del expresidente del Consejo de Ministros de S. M. el Rey de Italia, señor M. Mancini.

Hemos tenido a la vista un folleto publicado por la librería Delachaux y Niestlé, de Neuchâtel, en 1889, titulado «Notice sur Madame Lina Beck Bernard. Extrait du Bulletin de la Commission Pénitentiaire Internationale».

Se trata de la reproducción de un artículo publicado por el Juez Cantonal Mr. Gustave Correvon, artículo fechado en Lausana el 20 de octubre de 1888.

Después de ocuparse de los antecedentes familiares de Lina

Beck Bernard, analiza someramente su obra. La considera una mujer distinguida por su espíritu y por su corazón. He aquí traducidos algunos párrafos que sintetizan la opinión del mencionado Juez: «La señora Beck Bernard, — dice, — estaba igualmente en correspondencia y en relación con personas eminentes de diversos países, «que se sentían cautivadas por el encanto de sus cartas y de su «conversación. Es necesario haber tenido el privilegio de oírla «hablar de los numerosos temas que ella trataba igualmente bien, «para darse cuenta de la extensión de sus conocimientos, de las «vistas amplias y elevadas de este espíritu tan brillante y tan «unido a una gran bondad que no alteraron los dolorosos advenimientos de su vida».

«Muy instruída, — continúa Mr. Correvon, — dotada de una «viva imaginación, inteligencia abierta a las ideas amplias y generosas, ejercía su actividad en los dominios más diversos: enseñanza, literatura, bellas artes, filosofía, cuestiones sociales. Pintaba «con gusto y sus numerosos cuadros, originales o copiados, revelan «un talento real».

Existe otro opúsculo titulado «Une femme littéraire et philanthrophe (Madame Lina Beck Bernard), par Mme. E. Cornaz — Vulliet». Es una noticia biográfica que fué insertada en el «Bulletin de la Société des Gens de Lettres de la Suisse Romande» (Nº. «7 — 1889). En ese opúsculo se destaca la actuación social y filantrópica de la señora Beck Bernard.

Mme E. Cornaz - Vulliet dice que todas las producciones de esta escritora, se caracterizan por el estilo muy puro, sin rebuscamiento, y por el hecho de que pueden ser leídos por grandes y pequeños. En efecto, Lina Beck Bernard tenía una facilidad extraordinaria para escribir y siendo aún muy joven ya había compuesto breves comedias, que interpretaba con sus parientes y amigas y que luego han sido representadas por sus hijas en la intimidad de las tertulias familiares.

También escribió hermosas poesías. En nuestro trabajo reproducimos una de ellas titulada «A quatre jeunes filles».

He aquí lo que de Lina Beck Bernard, escribió Mme. Cornaz



Lina Beck Bernard
Retrato hecho en los últimos años de su vida

Vulliet en su ya citado folleto: «Todos aquellos que han tenido el «honor de tratarla, han quedado sorprendidos por el encanto «indecible de sus conversaciones, la extensión de sus conocimientos, «su inmensa bondad y su gran corazón. Era a la vez mujer de «mundo y de su hogar, la mejor y la más afectísima de las madres, «feliz cuando lograba la dicha para otros.

«A menudo se lamentaba de no tener más fortuna, a fin de «poder dar más. Su carácter estaba completamente exento de «mezquindad y de egoísmo».

«Su ideal, — agrega Mme. Cornaz-Vulliet, — era procurar «alegría a los demás y hacer el bien a su alrededor. ¡Cuántas «personas que hoy están favorecidas por la fortuna y se han hecho «un nombre como artistas o como intelectuales, pueden decir lo que «ha sido para ellos en los tiempos de sus adversidades o de su «abandono! Ella los ha levantado, consolado, sostenido de diversas «maneras, todo con modestia y sin hacerlo remarcar, lo que es «siempre el triunfo de la bondad».

«No obstante las numerosas ocupaciones, tan variadas, la «señora Beck Bernard encontraba todavía el tiempo suficiente para «dedicarse a la pintura. Expuso varias veces en el Salón del Museo «Arlaud, de Lausana, marinas muy elogiadas. Se inspiraba «generalmente sobre los bordes del Lago Lemán».

En 1885, Lina Beck Bernard colaboraba en «Le Confederé du Valais» y tenía en preparación «Mes Souvenirs» (Mis recuerdos) cuya publicación se vió interrumpida.

En la «Revue des Deux Mondes», de París, en el número correspondiente al 15 de agosto de 1929, aparece publicado un interesante artículo titulado «Une correspondante de Sainte-Beuve — Madame Lina Beck Bernard», del que es autor S. Rocheblave.

Sainte-Beuve, literato francés fallecido en 1869, era considerado como el creador y principal representante de la crítica biográfica.

Rocheblave en su mencionado artículo se refiere y transcribe parte de la correspondencia cambiada entre Lina Beck Bernard y

Sainte-Beuve, sobre temas literarios y filosóficos. El 17 de mayo de 1869, poco antes de la muerte de este último, la señora Beck Bernard le hizo una visita en su casa de París, entrevista que la escritora relató luego, escrito que aparece en la «Revue des Deux Mondes», intercalada en el artículo que nos ocupa.

Rocheblave después de referirse a los antecedentes personales de Lina Beck Bernard, dice que no hay que extrañarse si entre las amistades con que una mujer de tales méritos podía honrarse, se destaquen de entre los manojos de cartas conservadas por la familia, nombres como los de Alejandro Herzen, célebre novelista ruso; José Garibaldi, el héroe de la unidad italiana; personalidades de la intelectualidad francesa tales como el escritor y novelista Víctor Hugo, el geógrafo Elíseo Reclus, el filósofo, poeta e historiador Edgardo Quinet, y otros escritores de valía como Julio Simon, Gabriel Monod y Fernando Buisson.

Lina Beck Bernard falleció en Lausana el 27 de setiembre de 1888, a los 64 años de edad, desapareciendo con ella un espíritu generoso y selecto, que dejó a su paso por esta vida una estela fulgurante de virtudes, sembrando sentimientos de afecto y admiración, de lo que la posteridad justicieramente se ha hecho eco.

Vamos a referirnos, ahora, a los libros que publicó Lina Beck Bernard sobre temas argentinos.

En 1864 apareció en París, editado por la casa Grassart, «Le Rio Paraná. Cinq années de séjour dans la République Argentine». (El Rio Paraná. Cinco años de residencia en la República Argentina).

Este libro consta de 294 páginas y su contenido se distribuye en diez y seis capítulos.

La señora Beck Bernard, en el primero que se titula «Diario y Relatos», dedica numerosas páginas a la descripción del viaje que realizó desde Southampton (Inglaterra) hasta Buenos Aires. Pinta con vivo colorido y con belleza literaria, no solo las peripecias del viaje a bordo del navío «Tamar», luego en el «Prince» (desde Rio) y posteriormente en «La Ninfa del Plata», sino que

describe ciudades y comarcas, tales como Vigo, Lisboa, Madera, Tenerife (Canarias), San Vicente (Islas de Cabo Verde), Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Montevideo y, finalmente, la entrada al puerto de Buenos Aires.

De muchas de estas regiones nos hace conocer su aspecto, panoramas más salientes y costumbres.

La señora Beck Bernard venía juntamente con su esposo e hijas. Salieron de Southampton el 9 de enero de 1857 y llegaron a Buenos Aires el 14 de marzo, después de sufrir las alternativas de las cuarentenas a que eran sometidos los pasajeros en Montevideo y en nuestro país, por disposición de las autoridades sanitarias.

El 15 de marzo era domingo y los esposos Beck Bernard visitaron la ciudad. En este capítulo nos describe el aspecto de Buenos Aires, sus calles y edificios, así como las mujeres porteñas. Se refiere también a las quintas que rodeaban la ciudad, a Palermo, a la residencia de Rosas y nos da detalles respecto de la vida del Dictador y de su hija Manuelita, refiriendo algunas anécdotas de ambas personas. Hace constar la escritora, que muchos datos relativos a Manuelita los tuvo de parte de una hija del General Estanislao López, llamada Mercedes.

Destaca los nobles sentimientos de Manuelita Rosas y elogia su grandeza de alma. Dedicó, luego, algunas páginas para describir las habilidades del gaucho, sus cualidades y defectos y sus costumbres y supersticiones.

En el segundo capítulo, «Buenos Aires», completa sus impresiones sobre la ciudad, ya expuestas, en parte, en el anterior. Enumera los principales edificios públicos, los teatros, templos, hospitales, el puerto, etc.

Viene enseguida el relato del viaje desde Buenos Aires a Santa Fe, en la goleta «El Rey David», describiendo el aspecto majestuoso del Río Paraná, la vegetación de sus pintorescas islas y las poblaciones ribereñas.

En el capítulo «Santa Fe desde la azotea» la escritora hace

conocer el aspecto de la histórica ciudad y nos pinta el panorama que ofrecía la misma desde el mirador de la casa que ella habitaba. A su frente, estaba la Plaza Mayor con sus dos grandes iglesias, el Cabildo y más allá los conventos de San Francisco y Santo Domingo. Al occidente se divisaba el Río Salado y más lejos las selvas. Al oriente, el puerto de Santa Fe y en el horizonte, en las lejanías, las colinas de Entre Ríos, con la ciudad de Paraná y sus casas blancas surgiendo entre jardines y bosquecillos.

Se refiere después a los moradores de las casas de la ciudad. Alrededor del aljibe, que ocupaba generalmente el centro del patio, muchachas pardas o mulatas sacaban agua y llenaban las ánforas que eran de tierra colorada. Usaban sobre su cabeza el «pañuelo rebozo», de colores vivos. Otras muchachas pisaban maíz en grandes morteros hechos en un tronco de algarrobo, maíz destinado a la «masamorra», plato favorito de estas gentes.

Los niños jugaban bajo los naranjos y recogían sus dorados frutos. Mujeres ancianas sentadas bajo la veranda, arrollaban sobre sus rodillas hojas de tabaco y hacían cigarros que luego fumaban. Mientras tanto circulaba el mate.

Algunas mujeres jóvenes, bajo la veranda también, bordaban y hacían encajes, lo que constituía una de sus principales ocupaciones.

Dice la señora Beck Bernard en su libro que la instrucción de los niños estaba muy abandonada y era mala. Pero, en cambio, si las mujeres no tenían instrucción, poseían mucha educación y demostraban desde niñas un gran tacto, buen sentido y don de gentes. Tenían, en general, un espíritu observador, una excelente memoria, una habilidad prodigiosa en todos los quehaceres propios de su sexo y una gran facilidad para aprender. Su inteligencia era fértil y rica cuando se la cultivaba. Eran también muy supersticiosas.

La mujer santafesina se levantaba temprano, para asistir a misa y al mismo tiempo disfrutar de la fresca brisa matinal.

La escritora alude a la famosa siesta, que los criollos juzgaban necesaria para la buena salud. La ciudad a esas horas estaba

completamente muerta. Después de la siesta se bañaban en el río y a la vuelta hacían su arreglo. Terminada la cena, venían las visitas. Las damas que no salían, se sentaban delante de la puerta de la casa. A esa hora las calles recobraban su animación.

Lina Beck Bernard describe también el interior de las viviendas, con sus muebles, adornos, cuadros y utensilios.

Las mujeres se casaban jóvenes y vivían los primeros años con sus madres, pues generalmente los esposos tenían que ausentarse con frecuencia por mucho tiempo.

Sé encontraban abuelas de 32 ó 33 años y no era raro hallar tíos y sobrinos de la misma edad, todos viviendo bajo un mismo techo.

La adopción de niños por las familias era muy común.

Se notaba, además, mucha indulgencia y paciencia entre ellos. Tenían generosidad y mucha resignación para aceptar las duras pruebas de la vida.

La amistad revestía formas amables, atentas, con un fondo de verdadera y constante devoción.

Los hombres se ocupaban del comercio, de la cría del ganado y de la guerra.

Después de hacernos conocer los detalles que anteceden, la señora Beck Bernard abre un nuevo capítulo, que titula «El 25 de Mayo», y nos refiere como era festejada todos los años esta efemérides nacional.

Las calles se embanderaban y la azotea del Cabildo desaparecía entre una gran cantidad de banderolas, pabellones y banderas argentinas. Además, cada casa enarbolaba la bandera de la nación a que pertenecía su morador. Las campanas de las iglesias repicaban. Se hacían salvas de artillería, fusilería y bombas.

Por la mañana se realizaba una revista de la Guardia Nacional y un desfile con banda de música a la cabeza y bandera desplegada.

Esas tropas estaban bastante mal equipadas, por cierto, y tenían nociones muy confusas en lo que se refería a técnica militar.

Completaban el programa de fiestas, por la tarde, el reñidero (combate de gallos) y las carreras. Por la noche había baile en el Cabildo.

La sala de actos de éste, era muy linda y estaba ricamente amueblada y espléndidamente iluminada.

La autora describe el baile. No solo asistían los invitados, sino que las galerías, pasillos y escaleras se llenaban de curiosos. No obstante la presencia de soldados, la gente penetraba lo mismo, pues éstos estaban en connivencia con sus parientes y amigos.

Se distribuían refrescos entre los asistentes; pero las damas de más edad preferían el mate.

La señora Beck Bernard se refiere a uno de esos bailes, al que concurrió y menciona entre las familias asistentes las de Cullen, López y Gutiérrez. En esa ocasión le fué presentado el doctor Juan Francisco Seguí, destacada personalidad intelectual y política de la época.

«La Religión en la Confederación Argentina», merece de parte de Lina Beck Bernard un lugar preferente en las páginas del libro que nos ocupa. Se refiere al catolicismo en los países de América y sus características especiales. Nos habla de las prácticas religiosas. No era raro encontrar, entre las mujeres sobre todo, una fe impresionante y una resignación profunda, dulce y constante, en medio de las dificultades de la vida. Nos explica, a continuación, algunos conceptos que tenía la gente del pueblo en materia de religión.

Cuando en Santa Fe se producían inundaciones, se llevaba en procesión hasta la playa la imagen de Santo Domingo, la de San Jerónimo o la de Nuestra Señora del Carmen y también se hacían novenas.

La escritora relata la actuación del clero en este ambiente y describe algunas ceremonias de bautismo y matrimonio, así como los cultos de Semana Santa, con las procesiones nocturnas, la

música de los religiosos y detrás de las imágenes la banda militar y el público, especialmente mujeres luciendo sus mejores vestidos. Después de la procesión se realizaba el sermón.

La señora Beck Bernard después de formular algunas reflexiones sobre la vida religiosa en el país, señala especialmente la acción fecunda de los misioneros italianos de la Orden de San Francisco, en su obra de la conversión de los indios. Destaca así mismo la devoción, el coraje y la abnegación de estos franciscanos, a los que llama «curas-soldados», porque manejaban el caballo, la lanza y el lazo tan bien como los indios, en cuyo medio ellos debían estar para cumplir su misión civilizadora.

Uno de dichos misioneros, fray Constancio Ferrero, era amigo de los esposos Beck Bernard, a los que visitaba con frecuencia, no obstante pertenecer éstos a la religión protestante.

Fué el Padre Ferrero el que facilitó a Lina Beck Bernard algunos detalles sobre la vida y organización de los indios, que ella nos hace conocer en este capítulo de su libro. Así vamos enterándonos sucesivamente de los hábitos del indio, sus expediciones de robo y pillaje y la vida en las tribus. Las mujeres y los niños recibían un trato muy malo.

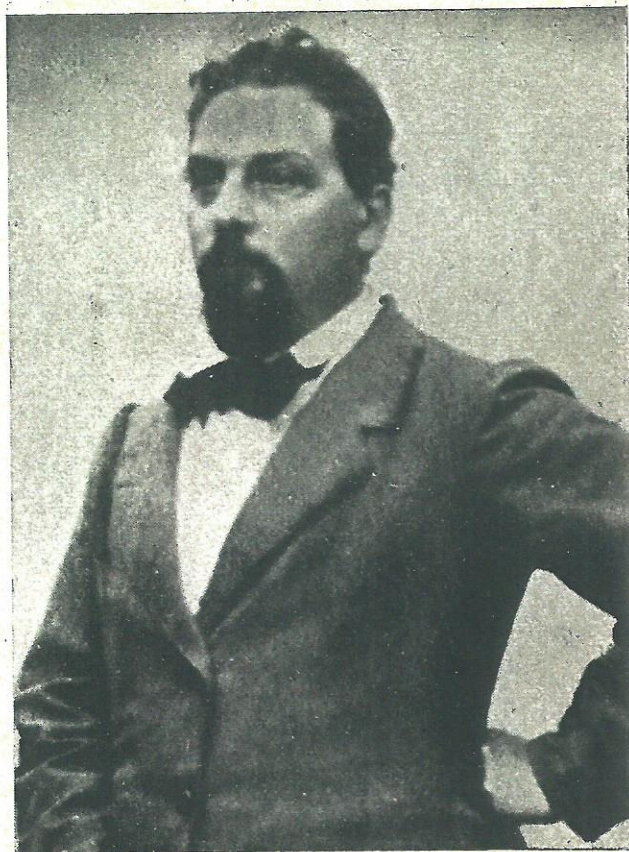
Finalmente, la autora nos habla de la religión protestante en la República Argentina y refiriéndose a la Constitución Nacional, dice que era muy buena en este aspecto, pues garantía ampliamente la libertad de cultos, existiendo, además, mucha tolerancia. Cita el caso que en su propia casa en Santa Fe, se celebraron durante cinco años los cultos protestantes, sin haber sido molestados.

El capítulo «Paseos», se refiere a algunas visitas efectuadas a casas de campo, las que describe.

Dice la autora que el caballo era tratado con verdadero lujo. Los aperos contenían muchos adornos.

Otro elemento que actuaba entre las gentes del país era el curandero.

Los casos de longevidad eran muy frecuentes. Después de



Carlos Beck Bernard
Reproducción de un daguerrotipo hecho en Santa Fe en 1862
El Señor Beck Bernard tenía entonces 43 años

relatar la continuación del paseo, se refiere al aspecto y vestuario de algunos indios.

En el capítulo «Los enfermos y los médicos», Lina Beck Bernard señala que en Santa Fe, las gentes del país no recurrían generalmente al médico, aún habiéndolo, sino después de agotados los medios que los curanderos aconsejaban. La autora, según se desprende de la lectura de este libro, más de una vez fué consultada por los pobres, a los que daba consejos y también algunos remedios que ellos no podían adquirir. Estos pobres, reconocidos por tales atenciones, la obsequiaban con flores, frutas, pescados, leche y otros productos caseros.

El clima era sano, pero la mortalidad infantil era elevada debido a los cuidados poco inteligentes que se daba a los niños.

Las mujeres eran de un vigor extraordinario. Las familias con doce hijos eran comunes y abundaban las más numerosas aún.

Entre la gente de la campaña se acostumbraba cuidar las tropillas de ganado, durmiendo sobre la hierba húmeda, expuestos al aire frío del invierno, lo que les causaba reumatismos, oftalmías y otras enfermedades.

La viruela era una enfermedad que aún hacía sus estragos. Dice la señora Beck Bernard que el general Ferré, ex-gobernador de Corrientes que entonces residía en Santa Fe, había introducido la vacuna; pero entre el elemento del país no se creía en su eficacia y no se la aplicaban.

Los casos de lepra eran frecuentes. Hubo un tiempo que en Santa Fe los leprosos tenían permiso para mendigar de casa en casa todos los viernes; pero luego, para evitar el contagio, la policía retiró esta autorización. Los leprosos fueron reclusos en una isla del Río Paraná a algunas leguas de Santa Fe, donde se construyeron con ese fin, rústicas viviendas y algunos ranchos de paja y tierra. Semanalmente se les enviaba una barca cargada con víveres.

Otro de los capítulos interesantes del libro, es el que la señora

Beck Bernard dedica a «La fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe». Nos habla en primer término de la peregrinación que anualmente se realizaba en el mes de febrero y que se la invocaba en las circunstancias más diversas.

Una promesa a la Virgen de Guadalupe, servía para obtener cualquier gracia. Esta virgen tenía una gran reputación entre la gente del país, porque siempre había respondido.

La Capilla que le habían levantado, estaba algo retirada de la ciudad. Por eso el día de la fiesta se procuraban vehículos. Los hombres y las mujeres jóvenes iban a caballo y las personas más ancianas utilizaban las antiguas carrozas, tiradas por cuatro o cinco caballos al galope, guiados por un gaucho. También intervenían las altas carretas, de dos ruedas inmensas, tiradas por seis bueyes. Sobre la carreta iba la familia con sus mejores atavíos y en la barra transversal un muchacho con una picana.

Los gauchos con su típica indumentaria y sus caballos ricamente adornados con placas de plata cincelada, animaban los grupos, por su actitud varonil y por la belleza de sus monturas.

El camino que conducía a la Capilla de Guadalupe, carecía de arboleda y ese día estaba lleno de una muchedumbre pintoresca, abigarrada y entusiasta, que hablaba, gritaba y reía.

Así se llegaba a la Capilla que tenía muros blancos, con una torre cuadrada. Arriba de la portada había una pequeña cúpula árabe, de estilo mitad morisco y mitad cristiano. Todo alrededor había una larga veranda sostenida por pilares de madera de quebracho esculpido. En el patio se erguían una inmensa palmera y algunos naranjos.

Un poco más lejos, se apercibía la playa cubierta de arena dorada de la Laguna Grande del Salado, inmensa y majestuosa.

Esta laguna tenía sus leyendas y tradiciones. La autora relata algunas en su libro.

La muchedumbre invadía pronto la Capilla, la que estaba decorada al estilo de los edificios religiosos españoles del Siglo XVII.

Había en ella esculturas denominadas «retablos», representando frutas y flores, cabezas de serafines rodeadas de alas doradas, y columnas ornadas con guirnaldas de hojas de acanto. Mientras el sacerdote oficiaba la misa y decía el sermón respectivo, afuera, en el campo que rodeaba la capilla, se levantaban una gran cantidad de pequeñas instalaciones muy pintorescas.

Los bueyes desatados de las carretas, estaban acostados sobre la hierba.

Las carretas diseminadas aquí y allá, cubrían con la sombra de sus telas a los niños que dormían. Se formaban fogones para calentar el agua destinada al mate.

También abundaban los vendedores de leche, vino, aguardiente, naranjas, limones, pasteles y pan criollo.

Se improvisaban carreras de caballos y el entusiasmo del paisanaje llegaba a tal extremo que se jugaban hasta el caballo, sus ornamentos de plata cincelada y aún las carretas.

Al atardecer, se regresaba a la ciudad y el silencio volvía a reinar en torno de la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe.

El capítulo «El carnaval en Santa Fe. La cuaresma. La música militar. Una ejecución», también contiene interesantes observaciones.

Después de las fiestas que se realizaban en honor de Nuestra Señora de Guadalupe, se celebraban las de Carnaval. Las damas se colocaban en las terrazas y por las calles desbordaban grupos de jinetes al galope. Enseguida empezaba el bombardeo con los proyectiles preparados conteniendo agua. A los más rápidos y hábiles jinetes se les tiraban desde los balcones, coronas de laurel rosado con las que adornaban los caballos.

La fiesta de Carnaval se iniciaba con un tiro de cañón al medio día y terminaba con otro a las 6 de la tarde. La fiesta continuaba al día siguiente, y por la noche había baile en el «Club del Orden».

Después de Carnaval, venía la Cuaresma y entonces se cele-

braban procesiones nocturnas y sermones de penitencia.

Las almas devotas en esos días estaban muy atarreadas. Casi todas las noches se sacaba a la calle la imagen de algún Santo y se la llevaba en procesión de una iglesia a otra.

La autora describe estas ceremonias religiosas y dice que el día de Pascua, muy temprano había fanfarras, tiros de fusil, bombas y cañonazos. La banda militar ejecutaba polkas y mazurcas. Por la noche, un baile ponía término a los festejos.

La banda de música militar actuaba en todas las procesiones y fiestas cívicas y religiosas. Lina Beck Bernard nos hace conocer interesantes detalles sobre la composición de esta banda, cuyo director generalmente era un alemán o un italiano.

Por último, la autora nos relata la escena del fusilamiento de un vaqueano (guía), que había asesinado en el trayecto a un comerciante extranjero.

Viene después un breve capítulo dedicado a «El incendio de praderas», en el que se describe la quemazón de los campos. De estos incendios, muy comunes en aquellas épocas, nos hablan Azara y De Moussy. También nos hace conocer las plantas que formaban los montes del Salado y las aves que los poblaban, todo presentado en estilo muy ameno.

«Recuerdos de Garibaldi» constituye otro relato atrayente del libro. Dice la señora Beck Bernard que Garibaldi dejó en la República Argentina recuerdos imborrables de su valor prodigioso y desinteresado, así como por la grandeza moral del prócer italiano, que rodea su nombre de prestigio.

Después de referirse brevemente a la obra de Garibaldi en Italia, dice que en Santa Fe se encontraban a menudo antiguos oficiales que sirvieron a las órdenes de aquel.

En Santa Fe cuando se supo la entrada de Garibaldi en Nápoles, todos los navíos genoveses que se hallaban en el puerto, se empavesaron espontáneamente, y en ciertos momentos los mástiles aparecían cubiertos con flores y guirnaldas. El cañón tronaba

de tanto en tanto. La música, las bombas y las descargas de fusilería anunciaban a la ciudad, sorprendida por todos estos signos de fiesta, que a dos mil leguas de distancia, un hijo del suelo italiano había conquistado por el solo poder moral de un nombre mantenido puro, un nuevo florón para la Corona de su Rey y de su Patria.

Los habitantes de Santa Fe, entre los que abundaban aquellos cuyos recuerdos individuales los ligaban a Garibaldi, se asociaron a este entusiasmo. Los cuarteles cercanos al puerto se empavesaron. Flotaban los colores de la bandera argentina, uruguaya e italiana.

Se facilitaron los salones del «Club del Orden» a un Comité de Fiesta Italiano, que organizó un hermoso baile.

«La manumisión de los negros en Santa Fe» es una parte del libro que contiene referencias históricas y antecedentes vinculados a la abolición de la esclavitud en la República Argentina.

La autora expone una serie de dificultades que surgieron en el cumplimiento de dicha medida y las consecuencias que tuvo y nos hace algunas descripciones y relatos relativos a este acontecimiento en Santa Fe.

El capítulo que dedica la escritora a «El Convento de la Merced», también contiene un relato de interés. Sabemos por el mismo que los esposos Beck Bernard vivían frente al citado Convento, plaza por medio, es decir que la casa de familia de la autora debía estar situada en la cuadra que da frente a la plaza, en donde hoy se levanta el edificio de los tribunales de la Provincia.

El convento de la Merced era un vasto edificio, entonces desierto, del que los jesuitas habían recuperado la posesión hacía poco tiempo. Cuando lo visitó la señora Beck Bernard, estaba atendido por un solo cura.

Se trataba de un edificio construido con la solidez que caracteriza la arquitectura de los jesuitas. Alrededor de un gran

patio, había un claustro formado por bellas arcadas. Grandes naranjos mantenían una sombra densa y perfumada en ese patio, en medio del cual había un pozo con una ojiva morisca de hierro labrado. Las celdas eran grandes y elevadas. Sumaban cerca de ochenta.

El techo, en palmas, estaba recubierto de tejas. En la iglesia, el púlpito y los confesionarios eran de madera de palisandro maciza, ricamente esculpida.

Sobre el altar mayor había una mala pintura; pero en la Sacristía se notaba en lo alto de un viejo armario, un buen cuadro de la antigua escuela española.

La biblioteca estaba cerca de la sacristía. Sus ventanas se abrían sobre las arcadas del claustro. Era una pieza grande.

Lina Beck Bernard, que la visitó, dice en su libro, que contenía antiguos estantes de madera labrada, sosteniendo volúmenes.

Todo eso estaba muy abandonado, cubierto de polvo, desparrramado en diversos sitios y muchos libros roídos por las ratas.

Después se refiere a la expulsión de los jesuitas y a las riquezas que éstos poseían, especialmente estancias y ganados. Los ornamentos de oro, plata y piedras preciosas que entonces habían dispuesto, ya no estaban allí. Finalmente, la autora alude a las tentativas que se hicieron, en diversas oportunidades, para hallar el tesoro, que según se decía, ocultaron los jesuitas en el Convento al ser expulsados.

En «El Arca de Noé», la escritora se refiere a la fauna de la provincia de Santa Fe. En su casa tenía numerosas y variadas clases de aves y animales, por lo que la comparaba con una especie de «Arca de Noé».

«Guerra y Guerrilla» es un capítulo histórico del libro que analizamos.

Se refiere a las luchas civiles, a los caudillos y especialmente

al general Estanislao López, sus relaciones con Rosas y su viaje a Buenos Aires.

Describe el episodio del fusilamiento de D. Domingo Cullen y las peripecias que tuvo que pasar la esposa de éste.

Se ocupa, luego, de la lucha entre la Confederación y la Provincia de Buenos Aires y la incertidumbre que produjo esa lucha, especialmente después de la batalla de Pavón.

Las tropas dispersas de Urquiza, perseguidas por las del General Mitre, formaban pequeños grupos que eran dirigidos por algunos oficiales de graduación inferior, muriendo muchos por falta de víveres. Pequeños destacamentos de estas tropas llegaron también a San Carlos, colonia agrícola europea.

Esos desgraciados fugitivos eran impedidos de ocupar el territorio cultivado; pero se les asignaba un sitio fuera de los límites y se les llevaban víveres y agua, tanto para ellos como para sus caballos.

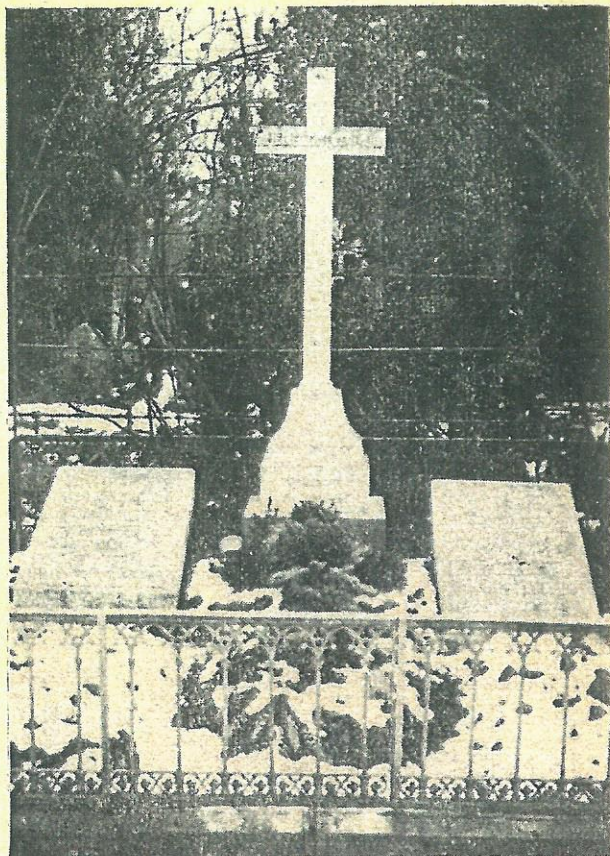
Las tropas de Urquiza llegaron a Santa Fe en escuadras que se componían de 200 a 400 hombres, para luego atravesar el Paraná y regresar así a su provincia.

Dice la señora Beck Bernard, que salvo los miembros de la Municipalidad y algunos artesanos indispensables, Santa Fe no contenía en esas circunstancias, más que mujeres, ancianos y niños. La milicia estaba en Rosario. Detalla los preparativos que se hacían para prevenirse de posibles ataques y del saqueo o pillaje. Luego llegaron las fuerzas militares del General Mitre, bien disciplinadas, equipadas y alimentadas, no permitiéndoseles ninguna clase de devastación, pillaje o desorden.

En noviembre de 1861 llegó a Santa Fe el General Mitre, quedando en dicha ciudad algún tiempo. Se le ofreció una fiesta.

En esa ocasión le fueron presentadas varias damas, entre ellas la señora Beck Bernard.

La autora se refiere luego a la personalidad de Mitre y



La última morada de los Esposos Beck Bernard
Sus restos descansan en el Cementerio Montoie,
de Lausana (Suiza)
A la izquierda está la tumba de Carlos Beck Bernard,
a la derecha la de Lina Beck Bernard
y en el centro la de una hija de ambos

elogia su breve actuación en Santa Fe.

El capítulo final del libro está destinado a «Los indios del Chaco y las Misiones Franciscanas».

La escritora después de relatar una revista de fuerzas generales de la provincia de Santa Fe, que presenció frente mismo de su casa, describe el aspecto de la caballería auxiliar de los indios sobre sus caballos flacos, pero veloces y dóciles al manejo de sus jinetes. Estos caballos estaban cubiertos por un tapiz de lana tejido por las «chinas» y a menudo también con pieles de avestruz cuyas plumas flotaban sobre la grupa del animal como penachos. Llevaban un lazo colgado en la cincha que sostenía todo este aparato. Solamente los jefes tenían «recado». Todos llevaban el poncho como los gauchos y el «chiripá», formando largos pantalones, los pies desnudos y en la cabeza un pañuelo plegado en banda estrecha, sosteniendo los cabellos que eran largos.

Algunos llevaban casacas en piel de tigre y la cabeza de ese animal con la mandíbula vuelta en alto, arriba de la frente. Otros usaban cascos de forma antigua, recubiertos con piel de «aguarazú», especie de lobo amarillo, con melena negra.

Completaban el equipo las «boleadoras» y las lanzas largas.

Lina Beck Bernard agrega que poco después de esta revista, vió llegar a Santa Fe un Cacique de los Indios Pampas, acompañado de su séquito. Describe las características de estos indios y de los mocovíes. Se refiere también a las reducciones y alude al establecimiento de la de San Javier por el P. Constancio Ferrero.

La señora Beck Bernard transcribe en este capítulo, las notas que el mencionado misionero le remitió y que se relacionan con las características y condiciones del territorio en que habitaban los indios Mocovíes. Nos da interesantes detalles respecto de las luchas de éstos con los Tobas y sus relaciones con los indios sumisos de Calchines, Cayastá y San Javier. También se ocupa de las armas que usaban y los métodos de guerra.

Describe el tipo del indio, las mujeres, su carácter y sentimientos,

sus medios de vida e industrias.

Nos explica el régimen por el que se gobernaban; la autoridad de sus caciques; su culto, justicia, vicios y diversiones; la medida del tiempo; sus expediciones, las tolderías, etc.

También se refiere a la actuación de los adivinos o brujos, que presagiaban y curaban las enfermedades.

Cita así mismo algunas palabras de los idiomas abipón y mocoví y explica su significado.

Finalmente Lina Beck Bernard nos habla de fray Constancio Ferrero, al que considera hombre de rara energía y después de aludir a los planes de este activo misionero respecto de los indios, cita algunos incidentes que el mismo tuvo. Destaca su obra civilizadora y humanitaria, que inspiraba a la autora sinceros elogios hacia los misioneros franciscanos.

Hemos tratado de hacer una síntesis del libro «Le Rio Paraná», libro que tendremos ocasión de leer muy en breve, en nuestro idioma. En efecto, el prestigioso intelectual santafesino Dr. José Luis Busaniche, miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana, lo ha traducido recientemente y lo dará a publicidad dentro de poco tiempo.

En 1872 publicó la señora Beck Bernard su segundo libro sobre temas argentinos.

Se titulaba «Flurs des Pampas. Scènes et Souvenirs du désert argentin». Es un tomo de 233 páginas y fué impreso en Ginebra. Contiene tres relatos. «L' Estancia de Santa Rosa, «Telma» y «Frère Antonio».

«La Estancia de Santa Rosa», es una novela de costumbres argentinas, en la que se describen la vida en las pampas, en las estancias y las luchas contra los indios.

«Telma» es un episodio de la emancipación de los esclavos en nuestro país y contiene interesantes reflexiones sobre este asunto.

Finalmente, «Hermano Antonio» es un relato de la vida en

las Misiones franciscanas del Gran Chaco y se refiere a la acción de los misioneros entre los indios.

«La estancia de Santa Rosa» también fué publicada en «La Revue des Deux Mondes» de Paris, en 1864. Además fué traducida al castellano y publicada en Buenos Aires, en 1914, por la «Biblioteca Selecta Americana», edición que nos ha sido posible conocer merced a la gentileza del distinguido historiador Dr. José Luis Busaniche que posee un ejemplar en su biblioteca.

Para terminar con nuestra tarea, agregaremos a continuación, como lo prometimos anteriormente, una poesía escrita por Lina Beck Bernard en 1873 y dedicada a sus cuatro hijas.

Hela aquí:

A QUATRE JEUNES FILLES.

*Où vous montez gaiment, moi, je marche avec peine!
Vous sautez le torrent, qui dans ses flots m'entraîne;
Vous marchez le front haut, et moi, le front baissé!
A vous l'azur, les nids, la lumière éclatante;
A moi, près des tombeaux, l'ombre toujours croissante;
Car l'avenir, c'est vous, et je suis le passé.*

*Où je vois un point noir, vous voyez une étoile!
Votre regard reluit, le mien déjà se voile.
Mon sourire est pensif, votre rire est mutin.
Le cap sur le bonheur, dans ce premier voyage,
Ce qui pour vous est brise est pour moi vent d'orage;
C'est moi qui suis le soir, vous êtes le matin.*

*Dans le rude sillon de l'existence humaine,
Où par la main du temps le jeune au vieux s'enchaîne,
Où ce qui fut avant tient ce qui vient après,
Vous me faites l'effet, vous, fleurs à peine écloses,
De ces jets vigoureux, de ces branches de roses
Que l'on voit couronner le front des vieux cyprès.*
